

León XIII y la apertura del Archivo Secreto Vaticano

Santiago CASAS

Resumen. A lo largo del siglo XIX las ciencias históricas alcanzan un gran desarrollo. La Historia de la Iglesia es cultivada por todos los historiadores, pero especialmente por los protestantes. Los católicos van a remolque. Algunas polémicas del Concilio Vaticano I y la cuestión exegética, basadas en argumentos históricos y contrarias a la doctrina de Roma, parecían dificultar la apertura de la Iglesia a la investigación histórica. A pesar de las dificultades, León XIII, partiendo de una postura tradicional, enfrentándose a la Cuestión Romana y defendiendo una postura temporalista del papado, decidió abrir el Archivo Secreto Vaticano para mostrar como la Iglesia no debe temer a la Historia, antes bien ésta le ha de dar la razón. La apertura del Archivo relanzó los estudios históricos en torno al papado y propició la creación de múltiples Institutos Históricos con sede en Roma. Además, se creó una comisión de cardenales para los estudios históricos y se fundó la escuela de Paleografía y Diplomática del Vaticano. Se publicaron numerosas fuentes y monografías y mejoró considerablemente la erudición y las ciencias auxiliares.

Palabras clave: Archivo Secreto Vaticano, León XIII, Institutos Históricos.

Abstract. Throughout the 19th century, there was a boom in historical sciences. The History of the Church was studied by all historians, specially by the Protestants. The Catholic historians followed suit. Due to controversies of the First Vatican Council and the exegetical problems based on historical arguments contrary to the doctrine of Rome, the Church was reluctant towards historical research. In spite of the difficulties, Leo XIII, taking a traditional stance with respect to the Roman question in defending the temporalist view of the papacy, decided to open the Vatican Secret Archives to show that the Church need not fear History, but rather History is to agree with the Church. The opening of the Archives encouraged once again historical studies regarding the papacy and fostered the creation of the various Historical Institutes in Rome. Moreover, Leo XIII created a Commission of cardinals for historical studies and established the Vatican School of Paleography and Diplomatics. A great number of sources and monographic works were published, and historical scholarship as well as the auxiliary sciences had a remarkable improvement.

Keywords: Vatican Secret Archives, Leo XIII, Historical Institutes.



1. Las ciencias históricas en el siglo XIX

Es ya un lugar común, al hablar de la ciencia histórica, referirse al siglo XIX como al siglo de la Historia. Esta afirmación, que admite un gran número de matices, encierra un fondo de verdad si observamos el gran desarrollo que experimentó esta disciplina a lo largo del siglo diecinueve. Progreso manifestado no sólo en la gran cantidad de trabajos realizados, en la edición de fuentes o en el surgir de escuelas y revistas históricas, sino sobretudo en el interés por la historia patente en todos los estratos de la sociedad, empezando, por el poder político.

Gran parte de este interés es alentado por el romanticismo y por la búsqueda de las raíces nacionales de una serie de estados que tratan de fundamentar —rescatando un pasado glorioso—, un futuro más bien incierto. La ciencia histórica en el siglo XIX no supone una total ruptura con el siglo anterior, antes bien es el resultado de los esfuerzos hechos en ese siglo por los primeros sistematizadores de los estudios históricos y del afianzamiento de este saber en las escuelas y universidades. No obstante, el siglo diecinueve presenta unas características propias: unos historiadores que han quedado como emblemáticos en el campo de la historiografía: Ranke, Mommsen, Michelet, Fustel de Coulanges entre otros. Por otro lado, un acercamiento más positivo al estudio de la documentación y un mayor afán por entrar en relación con otros campos de las ciencias sociales. Además, el nacimiento de instituciones atentas a la erudición y a la edición de fuentes como la *École des Chartes* (1821) y la *École de Hautes Études* (1868), o instituciones, en algunos casos nacionales, como las escuelas nacionales históricas (Prusia, Hungría, Francia) que ponen grandes medios al alcance del historiador. La aparición de unas publicaciones que divulgaban entre los historiadores los avances que se daban en la materia: *English Historical Review* (1856), *Historische Zeitschrift* (1859), *Revue historique* (1876), *Zeitschrift für Kirchengeschichte* (1877), *Historisches Jahrbuch* (1880), *Rivista storica italiana* (1884), *American Historical Review* (1895). Y como fondo de todo el proceso, una serie de paradigmas históricos que se van abriendo paso lentamente, entre los cuales destacan el historicismo, el marxismo dialéctico y la sociología histórica.

Evidentemente, la aparición de estos signos es fruto de una largo proceso que decantará, en el último tercio del siglo XIX. Por lo demás, la historia la siguen haciendo, en gran medida, clérigos y nobles (muchos de ellos profesores universitarios). Se publican ediciones monumentales, como los *Monumenta Germaniae Historica* o la *Patrología* de Migne; y la historia religiosa y nacional copa los títulos de las principales monografías. El ámbito centroeuropeo es el que presenta un mayor número de publicaciones y de historiadores, ejemplificado, en la producción en lengua alemana. En este contexto, ¿cuál es el papel de la historia eclesiástica católica? Es difícil de determinar. Al igual que en la exégesis bíblica, los historiado-



res de la Iglesia (clérigos, religiosos o laicos) llevan un cierto retraso frente a los historiadores protestantes, especialmente los prusianos. Retraso aún más evidente si tenemos en cuenta que ambos tratan con ahínco, en sus investigaciones, los mismos temas religiosos: los orígenes del cristianismo y la reforma.

2. *La Historia de la Iglesia*

De todas maneras, la historia eclesiástica se despacha con absoluta normalidad en todas las cátedras de historia y entre los investigadores de las escuelas nacionales (no olvidemos por ejemplo la *Historia de los Papas* de Ranke). Hecho normal, vista la gran implicación de las cuestiones religiosas en el surgir de las naciones medievales y el peso social —configurador de las mentalidades— de la Iglesia hasta la Revolución Francesa. La Historia de la Iglesia es dominio de todos, pero más específicamente de aquellos historiadores que pueden denominarse católicos, destacando entre ellos Möhler, Döllinger, Acton, Janssen, Pastor, Hefele, Duchesne... Esta historia, propiamente eclesiástica —si excluimos los nombres apenas citados—, no alcanza el rasgo de ciencia sino en contadas ocasiones, puesto que la mayoría de la producción es hagiográfica en el sentido peyorativo de la palabra¹. Esto se aprecia incluso en las críticas que recibieron las lecturas hagiográficas del Breviario durante el Concilio Vaticano I². La historia de la Iglesia es una historia a la defensiva, en polémica con el mundo protestante en particular y con el mundo liberal en general.

¿La Iglesia en el siglo XIX tenía algo que temer de la Historia? Podría pensarse que sí, ya que la historia más reciente se escribía con fines partidistas y se utilizaba como arma arrojadiza. Además la ciencia histórica, sustentada en principios liberales, individualistas y de afirmación personal, no era bien mirada por la Iglesia. El avance progresivo de las ciencias sociales y experimentales, que da inicio al mundo moderno y que hará quiebra en la primera guerra mundial, suponía

1. Por ejemplo, el carácter apologista de la revista francesa *Revue des questions historiques*, fundada en 1866 por el marqués G. du Fresne de Beaucourt, que se sustentaba en una defensa a ultranza del catolicismo y de la monarquía. Esta revista era la única revista histórica de carácter general existente en Francia hasta la fundación de la *Revue historique*, en 1876, por G. Monod.

2. Muchas voces se elevaron, a propósito de la discusión sobre el esquema «De vita et honestate clericorum», protestando por las lecturas hagiográficas del breviario, por la reiteración de los salmos o por los santos «desconocidos» que allí figuraban. Un grupo de obispos presentó un postulado al Concilio en que se apremiaba a la reforma del breviario. Cfr. MANSI 53, col. 346. Uno de los miembros de la comisión preparatoria sobre la disciplina eclesiástica, de la cual dependía el esquema citado, era Hergenröther.



una afirmación importante del espíritu humano y de su afán de independencia frente a una voluntad superior, distanciando esas ciencias de la tutela eclesiástica. Este orgullo científico cuestionó, incluso, la validez de los escritos sagrados. Efectivamente, el desarrollo de la arqueología oriental (profundización en las culturas semitas) y de la paleontología (teorías del evolucionismo y transformismo), unidos a la consolidación del método histórico-crítico, plantearon graves disyuntivas doctrinales al reinterpretar las narraciones históricas del Antiguo Testamento a la luz de los nuevos avances. Junto a esto, la presencia de investigadores protestantes al frente de las nuevas teorías (Wellhausen, Graf, Kuenen) propició una reacción católica —tardía pero decidida—, de distinto signo, encabezada por Loisy, Van Hoonaker y, sobre todo, por Lagrange con «su» *École pratique d'Études Bibliques* (1890) y la fundación de la *Revue Biblique* (1892).

A esta reacción se sumó el magisterio con la *Providentissimus Deus* (1893), en que la Iglesia pasó a tutelar los estudios bíblicos y arqueológicos de la antigüedad cristiana y pre-cristiana tomando cartas en el asunto: animando a los laicos a implicarse en esos estudios, profundizando en la historia de las civilizaciones antiguas (mesopotámica, egipcia) y en el estudio de las lenguas muertas más influyentes en los escritos sagrados; y tolerando la aplicación de los métodos histórico-críticos. Era una reacción clara del pontificado, tratando de encauzar un espíritu individualista, moderno y autónomo, que no estaba dispuesto a comulgar con ruedas de molino y que, al poco tiempo, trataría de imponerse a la disciplina de la Iglesia en la crisis modernista.

3. La infalibilidad y la polémica sobre el papa Honorio

Aparte de la tergiversación de la Historia o de su uso parcial en los conflictos entre Iglesia y Estado, cabe destacar el empleo que de ella se hizo en algunas polémicas del Concilio Vaticano I. Por lo que tocaba al futuro dogma, fue importante la polémica en torno al papa Honorio I. Los partidarios de la no-proclamación de la infalibilidad argumentaban su posición amparándose en la condena que recayó sobre Honorio I por parte del Concilio de Constantinopla (680). Esta condena tenía su origen en su carta al patriarca Sergio en la cual, tratando de combatir el monotelismo, Honorio usaba algunos términos (energía o telía) que se podían interpretar como una negación de la voluntad humana de Cristo³. La con-

3. En el siglo xv, Juan de Torquemada, releendo los textos de Honorio y del Concilio, concluyó que las palabras de Honorio habían sido mal interpretadas condenándose una doctrina jamás defendida por ese papa. La explicación de todo el caso se puede seguir en G. KREUZER, *Die Honoriusfrage im Mittelalter und in der Neuzeit* («Päpste und Papsttum», 8), Stuttgart 1975.



dena de un papa por un Concilio era un hecho histórico inaudito y de gran trascendencia, que respaldaba los argumentos de los principales defensores de la antiinfalibilidad y de los simpatizantes de un cierto conciliarismo. Como botón de muestra, recordemos la intervención de Hefe (padre conciliar, conocido historiador y autor de una voluminosa historia de los concilios) que, en una de las congregaciones del Concilio (17.V.1870), trató de abordar desde un punto de vista histórico la existencia o no de un reconocimiento de la infalibilidad papal a lo largo del tiempo⁴. En ese parlamento, uno de los principales argumentos contra la infalibilidad papal fue la cuestión del papa Honorio, a la cual había dedicado una publicación⁵.

Esta polémica cobra importancia a pocos años vista de la apertura del Archivo Secreto Vaticano. Especialmente porque desde mediados del siglo XIX se buscaba con ahínco el llamado *Liber Diurnus*, que se creía contenía una recopilación de fórmulas usadas en la curia pontificia dentro de las cuales constaba una solemne profesión de fe, donde se recordaba a los herejes monotelistas, entre los cuales se encontraría el papa Honorio⁶. En la búsqueda de este manuscrito se destacó Lord Acton, que hizo intentos de consultarlo antes y después de la celebración del Concilio merced a su amistad con A. Theiner (prefecto del Archivo)⁷. Esta conexión entre historia del papado (Honorio I), Concilio Vaticano I (infalibilidad) y la actuación de un historiador (Acton) —que durante el Concilio destacó por sus relaciones con Döllinger y el resto de los antiinfalibilistas—, no era precisamente un precedente que augurara una pronta apertura del Archivo Vaticano⁸. A esto hay que sumar la «destitución» del prefecto del Archivo durante la celebración de la asamblea conciliar. En junio de 1870, August Theiner fue privado del ejercicio de su cargo⁹

4. Cfr. MANSI 52, col. 80-84.

5. *Causa Honorii Papae*, scripsit Carolus Iosephus de Hefe. Episcopus Rottenburgensis, Neapoli 1870, 28pp.

6. Durante el siglo XIX se dudó de la historicidad del *Liber Diurnus* a pesar de la existencia de varios manuscritos (en la Basílica de Sta. Croce in Gerusalemme, en Roma, en el colegio de los jesuitas de Claremont, París, y en la biblioteca Ambrosiana de Milán), hasta que Theodor von Sickel pudo consultar el manuscrito conservado en el ASV en 1889: Th. SICKEL, *Die Handschrift des Liber Diurnus*, en MIOG 4 (1883) 92-93; *Zu meiner Edition des Liber Diurnus*, en MIOG 10 (1889) 468. Sobre el *Liber diurnus Romanorum pontificum* puede verse la edición «diplomática» realizada por H. FOERSTER, *Liber Diurnus Romanorum pontificum*, Bern 1958.

7. Sobre el interés de Acton y Döllinger por el *Liber Diurnus* y sus gestiones en ASV, ver O. CHADWICK, *Acton and History*, Cambridge 1998, pp. 107-114.

8. Sobre el papel de Acton durante el Concilio Vaticano I, ver V. CONZEMIUS, *Lord Acton and the First Vatican Council*, en «The Journal of Ecclesiastical History» 20 (1969) 267-294.

9. No fue destituido sino que conservó el cargo y sus rentas pero se le prohibió su ejercicio, lo cual hizo que su «sucesor» tuviera que ser nombrado con un nuevo título: Archivista de la Santa Sede.



por facilitar documentos concernientes al Concilio de Trento a los obispos de la minoría, sin autorización pontificia¹⁰.

Estos dos hechos (la cuestión bíblica y las polémicas en torno a la infalibilidad), estrechamente ligados a la historia, a los estudios históricos y al dogma, unidos al predominio del mundo protestante (agravado por el Kulturkampf) en el campo de las ciencias sociales (principalmente de la exégesis y de la historia), parecían condicionar el futuro de la investigación histórica católica. No obstante, ya hemos visto como León XIII supo salir airoso de la cuestión bíblica con su relanzamiento de la exégesis católica. Veamos ahora como influyó en el «revival» de la ciencia histórica. Pero esta vez ya no sólo la católica, sino toda la historia que giraba en torno a los temas eclesiales y particularmente la relativa a la historia del papado.

4. *La apertura del Archivo Vaticano*

A lo largo de las décadas centrales del siglo XIX, el Archivo Vaticano había recibido contadas y excepcionales visitas de estudiosos ajenos al propio archivo. El lamentable suceso de la destitución del prefecto del Archivo y la entrada de las tropas «italianas» por Porta Pia, consecuencia de la recién iniciada guerra entre Prusia y Francia, dificultaron aún más si cabe el acceso al Archivo. Todo era posible respecto a la Biblioteca Vaticana y al Archivo, después de la ocupación de Roma: desde que se «expropiaran» los edificios hasta que se incautasen sus fondos o fueran dispersos en otros de ámbito nacional. De hecho, los documentos papales (administrativos, judiciales y financieros) de los palacios Madama y Montecitorio fueron requisados y trasladados al palacio de la Sapienza (donde tiene hoy su sede el Archivo de Estado de Roma). A pesar de esta situación de inestabilidad política, el archivo continuó su lento trabajo interno gracias al esfuerzo de monseñor Guisepppe Cardoni, prefecto del Archivo, y de los dos oficiales encargados de su permanente reorganización.

Durante estos primeros años de incertidumbre sólo consiguió consultar el archivo un inglés, Joseph Stevenson, converso, autor de *The Church Historians of England* que fue comisionado por el Public Record Office para investigar sobre Enrique VIII, y que llegó a Roma con todo tipo de cartas de recomendación (Manning, Ullathorne, Howard...) y con el total apoyo del encargado de negocios británico en Roma. Stevenson logró, a partir de 1872, trabajar en el archivo y extraer copias de documentos por espacio de varios años (hasta 1877, pero con interrupciones), llegando a tener una gran familiaridad con algunos de sus oficiales como Pietro Wen-

10. Sobre este espinoso asunto se puede consultar, O. CHADWICK, *Catholicism and History*, Cambridge 1976, el capítulo que lleva por título: *The Minutes of the Council of Trent*, pp. 46-71.



zel. En 1877, a la muerte del cardenal Antonelli secretario de Estado, y con el nuevo nombramiento, cardenal Simeoni¹¹, se renovó también el cargo de prefecto del Archivo asumiéndolo monseñor Rosi Bernardini¹².

El peso académico de los estudios eruditos en Roma había recaído, a lo largo del siglo XIX, en los investigadores alemanes. Pero el inicio de la guerra franco-prusiana, el Kulturkampf y la muerte de Theiner, de origen alemán (1874), hizo que perdieran influencia para el Vaticano. Además, la derrota francesa de 1870-71 rompió la colaboración de éstos con los alemanes en el campo de la investigación arqueológica en Roma. El deseo de superar cuanto antes la debacle militar y la voluntad de reforma intelectual y moral, llevaron al gobierno francés a fundar una «escuela francesa de Roma», dependiente de la de Atenas (1873), al frente de la cual se colocó el medievalista August Geffroy, coadyuvado por historiadores noveles como L. Duchesne o E. Müntz. Geffroy consiguió que en 1877 se permitiera a Elie Berger, hijo de un pastor protestante francés, trabajar en la sala de lectura de la Biblioteca Vaticana, en la mesa más cercana a la puerta del Archivo y con la condición de no divulgar su trabajo, con la documentación del Archivo sobre los registros de Inocencio IV¹³. Los trabajos de Stevenson y Berger mantuvieron encendida la llama de una posible apertura del Archivo.

La muerte de Pío IX y la elección de León XIII implicó un cambio importante, pero aparentemente imperceptible, en las relaciones entre el papado y la Historia. En el año 1879 se produjeron varios hechos que manifestaban el talante del nuevo pontífice respecto a esta disciplina. Ante todo, su primera elección de cardenales. De los cuatro nuevos cardenales¹⁴, dos eran historiadores: Newman, eminentemente por su doctrina sobre el desarrollo de los dogmas, y Hergenröther, discípulo de Döllinger¹⁵ y profesor de Historia de la Iglesia en Würzburg. El nombramiento de estos dos cardenales suponía un fuerte espaldarazo para dos naciones en las que

11. El cardenal Simeoni redactó una Memoria, fechada en septiembre de 1877, en que manifestaba la imposibilidad de la investigación en el Archivo debido al desorden y a la deficiente sistematización. ASV 1877, rubr. 248, fasc. 3, ff. 197-202. Texto publicado en L. PÁSZTOR, *Per la Storia dell'Archivio Segreto Vaticano nei secoli XIX-XX. La carica di Archivistica della Santa Sede, 1870-1920. La Prefettura di Francesco Rosi Bernardini, 1877-1879*, en AHP 17 (1979), Apéndice I, pp. 405-410.

12. Ostentó el cargo hasta su muerte ocurrida en 1879. Cuando accedió al Archivo era un hombre con gran experiencia por su condición de archivista emérito de la Congregación de Propaganda Fide.

13. Una explicación del éxito de esta gestión se encuentra en el prólogo de la obra *Tables des Registres de Clément V*, Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome, Paris 1948.

14. Los dos restantes eran Th. Ziglara y el hermano del papa Gioacchino Pecci, dos destacados tomistas. Recordemos que en 1878 el papa publicó la *Aeterni Patris*, donde tanto se encarecía al estudio de Santo Tomás.

15. En 1871 Döllinger fue excomulgado y arrastró tras de sí a otros historiadores. Hergenröther se mantuvo fiel al papa.

Los católicos se encontraban en franca minoría y con un cierto complejo en cuanto a su presencia en el mundo intelectual. El nombramiento de un cardenal para el cargo de prefecto del Archivo facilitaba la comunicación de éste con el secretario de Estado y con el propio papa, y era señal evidente del realce que León XIII quería dar al Archivo Vaticano en relación con el mundo de la historia y de la erudición¹⁶.

Hergenröther empezó su labor como prefecto encargando, a Ludwig Pastor (que recientemente había accedido a los archivos y era un perfecto desconocido, pero alemán) un memorandum acerca del valor de los archivos para escribir la historia¹⁷. También pidió, a través de la embajada austriaca, un informe de la organización de los archivos imperiales para tener un punto de referencia¹⁸. El papa, dentro de la reorganización del Archivo, creó el cargo de sub-archivista, nombrando a Pietro Balan, historiador italiano, amigo suyo y defensor del papado¹⁹.

Ya en 1880 se produjo un hecho importante que es como el primer paso en la apertura oficial del Archivo a los estudiosos. En ese año el papa visitó oficialmente el Archivo²⁰ (veintiséis de mayo) y se creó una sala de lectura para los investi-

16. Como prueba la comunicación que de la nómina fue hecha al cardenal secretario de los Breves, con fecha 9 de junio de 1879, por parte del cardenal Nina, secretario de Estado: «Il Santo Padre considerando l'importanza sempre maggiore che acquistano nel movimento scientifico, storico, letterario, le antiche memorie, e conoscendo la grande copia dei documenti che si conservano nell'Archivio ha reputato opportuno di affidare la conservazione e la direzione ad un Cardinale di S.R.C., che colla sua dignità accresca lo splendore dell'ufficio, e per le personali doti sia in grado di esercitarlo con vantaggio della S. Sede, ed in conformità dello scopo pel quale nel corso di tanti secoli i Sommi Pontefici non hanno cessato d'invigilare alla raccolta e custodia dei documenti medesimi» (ASV, Sec. Brev. 5755, f. 212r). Cit. por Card. Antonio SAMORÉ. *Il libro del Centenario. L'Archivio Segreto Vaticano a un secolo dalla sua apertura*, Città del Vaticano 1981, p. 272, nota. 1. Desde la destitución de Theiner, el cargo de prefecto también recibe el nombre de «Archivista de la Santa Sede», situación que durará hasta 1920, fecha en que desaparece esta última denominación.

17. Se conserva, de la misma época (3.IV.1879), un anónimo sobre la situación del Archivo y los pasos que se debían dar para su mejora. Cfr. ASV, Segr. Stato, Spogli, Card. Hergenröther. Ha sido publicado por PÁSZTOR, cit. en nota 11, Apéndice 4, pp. 418-423. Streber, en el *Kirchenlexicon* (vol. VII, 1891), atribuye a Hergenröther la idea de abrir el Archivo, asumida después por León XIII. Lo cierto es que existía cierta presión exterior como refleja una carta fechada el siete de febrero de 1878, de Hartmann Grisar, S.I., que trabajaba en la *Monumenta Historiae Germanica*, pidiendo a Franzelin que se abrieran los archivos. Texto de la carta en PÁSZTOR, cit. en nota 11, pp. 416s.

18. Cfr. O. CHADWICK, *Catholicism and History*, cit. en nota 10, p. 93.

19. Este nuevo cargo y su colación (que limitaban el trabajo de Hergenröther) pudieron deberse a la desconfianza que en la curia suscitaba el nombramiento de un alemán para el cargo de prefecto después del precedente de Theiner. Sobre P. Balan puede consultarse, A. GAMBASIN, *Pietro Balan storico-grafo apologista del papato (1840-1893)*, en AHP 4 (1966) 349-354.

20. La visita se conmemoró con un busto de León XIII con la siguiente inscripción: Leo XIII Pont. Max/Historiae Studiis Consulens/Tabularii Arcana Reclisit/Anno MDCCCLXXX.



gadores que se abrió el uno de enero de 1881²¹. Aunque un paso importante, la sala era bastante incómoda, el staff del Archivo insuficiente y los catálogos debían consultarse bajo la atenta mirada de un oficial del Archivo²². Por lo demás, las copias de documentos eran muy costosas.

Esta apertura dio enseguida un fruto sorprendente que acabó por dar la razón a León XIII y a los que deseaban un más fácil acceso al Archivo. Theodor von Sickel, director del Instituto Austriaco (1880), que trabajaba en el archivo desde 1881, llegó a la conclusión de que el Privilegio de Otón era un documento auténtico y no una falsificación papal como comúnmente se pensaba²³. Este descubrimiento tuvo un gran eco en el Vaticano y le valió a Sickel una audiencia privada con León XIII. La importancia del descubrimiento viene subrayada por la filiación protestante de su autor. Un protestante que, por así decirlo, llegaba a soluciones católicas aportando un valioso dato en beneficio del poder temporal del papado. Tal era la mentalidad del momento, que León XIII pensó que Sickel, a raíz de este trabajo, se había convertido al catolicismo²⁴. Es decir, apertura de los archivos para buscar la verdad, pero una verdad que nadie en el Vaticano imaginaba pudiera ser contraria a la Iglesia.

5. La carta apostólica «*Saepenumero considerantes*»

Fechado el dieciocho de agosto de 1883, la carta apostólica *Saepenumero considerantes*²⁵ supuso el anuncio oficial de la apertura del Archivo Secreto Vaticano, a

21. En realidad el libro usado para registrar las peticiones de material se inaugura el diez de diciembre de 1879 (cfr. PÁSZTOR, cit. en nota 11, p. 372).

22. El archivo contaba en 1879 con cinco empleados y en 1884 con diez. Vide Gerarchia Cattolica, el apartado «Archivi della Santa Sede».

23. Th. SICKEL, *Das privilegium Otto I für die Römische Kirche vom Jahre 962*, Innsbruck 1883. El *Privilegium Ottonis* tenía su importancia por lo que respecta al *Patrimonium Petri*. El emperador Otón I, por ese privilegio, confirmaba las donaciones de Pipino y Carlomagno, ampliándolas hasta que abarcasen aproximadamente los dos tercios de la península italiana. En el mismo *Privilegio* se añadió una cláusula por la cual el emperador debía dar su pláacet para la confirmación de las elecciones pontificias.

24. Cfr. O. CHADWICK, *Catholicism and History*, cit. en nota 10, p. 97. Uno de los argumentos utilizados para que se permitiera a Pastor trabajar en el Archivo era que su trabajo serviría para confutar la *Historia de los Papas* de Ranke (cfr. PÁSZTOR, cit. en nota 11, pp. 397-398). Esta actitud fue madurando y es significativa la contestación que recoge Elio Berger, en unos recuerdos suyos sobre León XIII y la apertura del archivo, en que narra como algunos personajes cercanos al papa mostraron desconfianza hacia las investigaciones de Berger por su condición de protestante, y el papa les contestó: «¡qué importa! Decirle que no esconda nada, que lo publique todo». Cfr. *León XIII et les études historiques*, en «Bibliothèque de l'École des Chartes» 64 (1903) 446. En el mismo artículo cuenta cómo León XIII se paseaba con la silla gestatoria entre las mesas de los estudiosos, «asomándose» a sus trabajos e interesándose por ellos.

25. *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, III, Romae 1984, pp. 259-273; ASS 16 (1883-1884) 49-57.



todo aquel que lo solicitase debidamente, y una mayor facilidad de entrada en la Biblioteca Vaticana:

«Hoc consilio alias ediximus, ut tabularia Nostra [el Archivo Secreto] praesto essent, quantum potest, religioni et bonis artibus provehendis: hodieque similiter decernimus, ut adornandis operibus historicis, quae diximus, opportuna ex Bibliotheca Nostra Vaticana pateat suppelles»²⁶.

Como hemos visto, la efectiva admisión se producía desde el 1881. Con todo, el Archivo seguía siendo «Secreto», es decir, se trataba del archivo privado de un soberano, cuya consulta era más un favor que un derecho. Su principal finalidad era la conservación de la documentación administrativa y de gobierno de los papas. Por eso se establecían una serie de normas de acceso, como la petición al prefecto del Archivo, que a su vez la elevaba al secretario de Estado y en último término al Papa; y sólo se permitía, como norma general, la consulta de los documentos anteriores a 1815. La carta apostólica tuvo una reducida difusión y sólo se dieron por enterados los interesados y alguna que otra publicación del ámbito de la península italiana²⁷.

El documento estaba dirigido a los cardenales Hergenröther (prefecto del Archivo), Juan Bautista Pitra, O.S.B. (protector de la Biblioteca Vaticana) y Antonio de Luca (vice-canciller de la Santa Iglesia Romana). Este último cargo, históricamente conectado con la Biblioteca Vaticana. En la carta apostólica se les encomendaba la tarea de hacer efectiva y fructífera esa apertura. Al mismo tiempo, se creaba una comisión de cardenales para los estudios históricos²⁸, compuesta por Pitra (fallecido al poco tiempo), Hergenröther, Parocchi, Bartolini y Mons. Triepi como secretario. Su misión era hacer realidad el deseo del papa, tratando de escribir una historia de la Iglesia con documentos fiables. Esta comisión no llegó a

26. Id. 270: «Con este fin, dispusimos que se permitiese utilizar todos los recursos que nuestros archivos ofrecen para el fomento de la religión y de los buenos estudios. Y con el mismo fin, declaramos hoy que para realizar estas empresas históricas nuestra biblioteca Vaticana proveerá de los oportunos materiales». La Biblioteca Vaticana poseía volúmenes pertenecientes al Archivo que, por diferentes avatares históricos, habían cambiado de ubicación.

27. Por ejemplo, R. Bonghi (antiguo ministro de «Pública Instrucción») escribía un artículo titulado *Leone XIII e la storia*, en «Nuova Antologia» 18 (1883) 126-127. Contestado más tarde por *Il Bonghi e la lettera di Leone XIII sopra la storia*, en *CivCatt* 34 (1883), serie 12, vol. 4, 145-156/272-298/402-417. Otras publicaciones que se hicieron eco de la carta apostólica: «Osservatore Romano», del 22 de agosto de 1883; «La Scuola Cattolica» 24 (1884) 517-536; «La Scienza e la fede» 131 (1883) 203-249; «La Carità» 19 (1883) 185s. Los boletines eclesíásticos de las diócesis españolas publicaron el texto de la carta apostólica en lengua española.

28. En esta comisión de cardenales se puede ver el precedente lejano de lo que hoy es el Pontificio Comité para las Ciencias Históricas creado en 1954 por Pío XII.



buen término, debido a la disparidad de criterios en cuanto a la época a estudiar, la extensión de la obra, la continuidad o no de otras obras ya iniciadas, el enfoque de fondo...²⁹.

El contenido de la carta apostólica nos muestra cómo el papado llega a conclusiones «modernas» partiendo de presupuestos tradicionales. De hecho, éste podía ser el resumen de la actitud de León XIII en el proceso de apertura del Archivo y de la Biblioteca y, en general, de atención a los estudios históricos. Ante un ataque al poder temporal de la Iglesia su reacción, en vez de ser de cerrazón en sí misma, era de apertura (aún sin calibrar las posibles consecuencias de esta postura).

Algunas «ideas modernas» de la carta apostólica son: el rechazo de la tesis tradicionalista, de que la historia moderna y contemporánea ha hecho un complot contra la verdad; el aliento dado al uso por parte de los católicos de los medios de conocimiento y los métodos críticos del mundo moderno para defender a la Iglesia³⁰; la negación de que la Iglesia hubiera impedido el progreso de los espíritus; el reconocimiento de la imparcialidad de los protestantes en sus estudios, que por otro lado habían hecho justicia a la Iglesia (caso de Sickel).

No obstante, todo el documento partía de presupuestos tradicionales. Si buscamos las motivaciones que llevaron a León XIII a redactar de la carta apostólica, explicadas en el mismo documento, encontramos la tradicional actitud defensiva y a la vez defensora del poder temporal de la Iglesia, concretamente, con relación a la neonata nación italiana. El principal fin de la carta apostólica era «vengar contra un injusto ataque la dignidad y el honor de la sede apostólica». Esta dignidad era atacada por aquellos que sacrificaban la verdad de la historia por su odio al Romano Pontífice en servicio del «nuevo estado de cosas» en Italia (*novis in Italia rebus servire cogant*). La gravedad de la situación quedaba de manifiesto en las palabras de León XIII creyendo que: *certe hoc tempore illud vere dici possit, artem historicam conjurationem hominum videri adversus veritatem* [hoy se puede decir, mejor que en ningún otro tiempo, que el arte de la historia parece una conspiración de los hombres contra la verdad]. Es llamativo ver como partiendo de una situación concreta negativa, el papa logra trascenderla y aportar algunos puntos sobre la visión de la historia en general: la necesidad del empleo de fuentes; la re-

29. Sobre la comisión y sus trabajos, vide, G. MARTINA, *L'apertura dell'Archivio Vaticano: Il significato di un centenario*, en AHP 19 (1981) 273-280. También se encuentran algunas referencias dispersas en Civcatt 35, serie 12, vol. 7 (1884) 599; y la biografía del cardenal Pitra escrita por A. BATTANDIER, *Le cardinal J.B. Pitra, Évêque de Porto*, Paris 1893, 643-653.

30. Significativo el párrafo en que se anima a que «a las narraciones débiles sustituyan laboriosas investigaciones maduramente dirigidas, y que se opongan a las sentencias temerarias los juicios prudentes, y a las opiniones frívolas la crítica inteligente». *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, III, Romae 1984, pp. 267s.



comendación de usar la teología de la historia de San Agustín; no tener miedo a la verdad antes bien buscarla con afán³¹; la importancia de la enseñanza de la historia en las escuelas y de los buenos manuales...³².

En cuanto al precedente próximo del documento parece ser que es una respuesta a unas palabras de Garibaldi, publicadas luego en *The Times*, con motivo de la conmemoración de las «Vísperas Sicilianas» en Palermo, el treinta y uno de marzo de 1882³³. A esta celebración había sido invitado Garibaldi, que declinó en su hijo a la par que escribía una carta a la nación palermitana donde atacaba duramente al papado calificándolo de enemigo de Italia³⁴. La queja de los obispos sicilianos, por el texto de Garibaldi y en general por el tono anticlerical de la manifestación popular, llegó a Roma que contestó con la carta *Sicut multa*³⁵, en la cual se hacía una apología enardecida del papado. El contenido de esta carta es un claro precedente, en cuanto a su temática, de la *Saepenumero*. En efecto, en la *Saepenumero considerantes*, León XIII hace una firme defensa histórica del papado, destacando que éste a lo largo de su historia ha hecho más por Italia (en la política, ciencia y en las artes) que los gobernantes actuales y que era más fácil encontrar la unidad de Italia bajo el papado que bajo la casa de los Saboya.

6. Consecuencias de la apertura del Archivo Secreto

Las consecuencias de la apertura del Archivo fueron importantes para el desarrollo de la ciencia histórica respecto a la historia de los papas. Sin embargo, este crecimiento se debió más al interés foráneo que al propio de la Santa Sede³⁶.

31. Al respecto hay una frase emblemática de la carta apostólica que ha sido utilizada con profusión: «[primam esse historiae legem] ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat»: «La primera condición de la Historia es no mentir, la segunda no temer decir la verdad», tomada en préstamo de Cicerón (*De Oratore*, lib. II, cp. 15). Esta misma frase figura, desde su nacimiento (1876), en la primera página de la *Revue historique*.

32. Es interesante este último punto ya que en aquellos momentos estaban surgiendo orientaciones patentemente laicistas en la enseñanza escolar. Recuérdese que por esos años se fundaba la Institución Libre de Enseñanza en España, se aplicaban las leyes educativas de Jules Ferry en Francia y se consolidaba la Scuola del Risorgimento en Italia.

33. Sobre estos hechos se puede acudir a la obra clásica de S. RUNCIMAN, *Vísperas sicilianas: una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid 1961.

34. Texto en *The Times*, cuatro de abril de 1882. Garibaldi falleció el dos de junio de ese mismo año. El texto en italiano, junto con un discurso en el mismo tono a los de Mesina, se encuentra en ASV, Segretaria di Stato, 1882, rubr. 3, fasc. 3, ff. 63-64. Cit. por G. MARTINA, *L'apertura dell'Archivio Vaticano: Il significato di un centenario*, en AHP 19 (1981) 276-277, en nota.

35. *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, III, Romae 1984, pp. 49-54.

36. A esto mismo parece animar la carta apostólica cuando exclama: «atque utinam quamplurimi excitarentur veri investigandi cupiditate, et inde utilia ad recordationem documenta caperent»: «Ojalá que acudan en tropel, para recoger monumentos dignos de memoria, los que gustan de investigar la verdad».



La labor de los Institutos Históricos, nacidos al amparo de la apertura, y de los historiadores atraídos por ese rico acervo fue más notoria que la que realizaron los propios archiveros y conservadores de la institución. Por parte del papado la apertura del Archivo tuvo como consecuencia la fundación por el motu propio *Fin dal principio* de la Escuela de Paleografía y Diplomática del Vaticano (1.V.1884); referencia fundamental en la erudición católica y en la formación de futuros integrantes de la organización del Archivo y de la Biblioteca³⁷. También, la creación de la ya mencionada comisión de cardenales, que no dio ningún fruto visible. Luego, ciertamente, una mayor promoción de los trabajos científicos de los archiveros y bibliotecarios: Hergenröther, H. Denifle, F. Ehrle... a pesar del aumento de trabajo³⁸.

Por lo que se refiere a los que iban a usufructuar el Archivo constatamos la rápida aparición de un importante número de Institutos Históricos, con sus boletines y colecciones, fundados en Roma por las distintas naciones³⁹. Los más antiguos, anteriores a la apertura del Archivo y dependientes de los estudios de arqueología y de la antigüedad romana, eran la *École française de Rome* (1875), nacida como sucursal de la de Atenas, que publicó a partir de 1881 *Mèlanges d'archéologie et d'histoire* y la colección «Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome» (1876); y el *Österreichisches Kulturinstitut in Rom* (Istituto Storico Austriaco) 1880, que publicaba sus trabajos en la revista *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung*. Luego el Istituto Storico Ongarico (hoy Istituto Storico «Fraknói» —primer director— adjunto a la Accademia d'Ungheria in Roma) en 1882; más tarde se añadieron el *Deutsches Historisches Institut* (Istituto Storico Germanico) fundado como «Regia Estación Histórica Prusiana» (Königlich Preussische Historische Station) en 1888, después de fallar una iniciativa en

37. En el mismo motu propio se establecía el reglamento del Archivo y de la Biblioteca bajo el título: *Archivii Pontifici Vaticani, Regolamento organico e disciplinare e Scuola di Paleografia*.

38. Este trabajo científico de los archiveros era uno de los deseos de la Comisión cardenalicia para los estudios históricos. Así, Hergenröther continuó la *Historia de los Concilios* de Hefele y escribió su famosa *Historia de la Iglesia* que fue manual de todos los seminarios y escuelas católicas; Denifle escribió *Die Universitäten des Mittelalters* y, con Ehrle, hizo la *Historia Bibliothecae Romanorum Pontificum* (1890) y fundó el «Archiv für Literatur und Kirchengeschichte des Mittelalters» (1885-1900). No obstante, las únicas obras de publicación de fuentes que partieron motu propio desde el Archivo fueron el *Regestum Clementis papae V ex Vaticanis archetypis* (1886-1893), encomendado a los benedictinos, y los *Regesta Honorii papae III* (1888-1893).

39. Adjuntamos una bibliografía básica sobre la historia de estos institutos: Ch. PIETRI-Ph. BOUTRY, *La scuola francese di Roma*, dentro del libro *Speculum Mundi. Roma centro internazionale di ricerche humanistiche*, Roma 1993, pp. 215-237; K. RUDOLF, *Geschichte des Österreichischen Historischen Instituts in Rom von 1881 bis 1938*, en RHM 23 (1981) 1-137; T.P. WISEMAN, *A Short History of the British School at Rome*. (BSR, 1990); AA.VV., *Deutsches Historisches Institut Rom. Istituto Storico Germanico 1888-1988*, Roma s/d. Sobre el Instituto Belga sirve la introducción al primer número del *Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome*, 1919.



1883 de crear un Instituto Histórico del Imperio Germánico. El Instituto tenía como órgano de difusión la revista *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken* (1898). El Römische Institut Gœrres Gesellschaft en el Campo Santo Teutónico (1888), fundado por Johan Peter Kirsch, dependiente de una sociedad nacional más que del gobierno. Sus publicaciones eran la «*Quellen und Forschungen aus dem Gebiete der Geschichte*» y la *Römische Quartalschrift* (1887); The British School at Rome (Academia Britannica di Archeologia, Storia e Belle Arti) 1901; Academia Belgica (Istituto Storico Belga di Roma) 1902, con su colección «Analecta Vaticano-Belgica»; el Nederlands Instituut te Rome (Instituto Olandese) fundado por Petrus J. Blok de la Universidad de Leiden y por Victor de Stuers en 1904. A esto cabe añadir las misiones científicas como la rusa (1892-94/1897-98) y la polaca (1896-98). Otras instituciones ligadas a los estudios históricos fueron surgiendo ya más entrado el siglo XX; sin embargo, los institutos y la erudición civil, la otra Roma, hicieron caso omiso de la apertura del Archivo Vaticano⁴⁰.

Estos institutos se pusieron mano a la obra coordinándose entre ellos para publicar el mayor número posible de fuentes⁴¹. Entre las monumentales cabe destacar: la edición de los *Nuntiatuerberichte aus Deutschland* (60 vols) y del *Repertorium Germanicum*; *Monumenta Vaticana Hungariae historiam illustrantia*; *Monumenta Vaticana res gestas Bohemicas illustrantia*; *Registres des papes du XIIIe siècle* (27 vols.) *et du XIVe siècle* (34 vols.); *Acta Nuntiatorum Gallicae*; *Rationes Decimarum Italiae* (s. XIII-XIV); *Monumenta Poloniae Vaticana* (4 vols.). En definitiva se publican registros de los papas (bulas pontificias, epístolas, registros pontificios, cartas comunes y secretas) y también el *Liber Pontificalis* (Duchesne) y el *Liber censuum* (P. Fabre). Luego colecciones conciliares: *Concilium Tridentinum* en doce volúmenes por la Goerres y las actas del Vaticano I en la *Collectio Lacensis* (1890). Los registros de nunciaturas ya mencionados y documentos referentes a órdenes religiosas: *Monumenta ordinis Fratrum Praedicatorum historica* (1897-1901), *Bullarium Franciscanum* (1898-1904) y *Monumenta historica Societatis*

40. Como la Società Romana di Storia Patria (1876) que con su publicación «Archivio» apoyaba la erudición histórica italiana, o el Instituto Storico Italiano (1883).

41. En la siguiente enumeración hablamos de obras publicadas o iniciadas durante el pontificado de León XIII. Para tener una visión de conjunto de todo lo publicado hasta el primer tercio del siglo XX se puede consultar, *Histoire et historiens depuis cinquante ans: Méthodes, organisation et résultats du travail historique de 1876 a 1926*, New York 1971.

42. De modo significativo, en este último cuarto de siglo empiezan a surgir revistas de las diferentes órdenes religiosas: *Analecta bollandiana* (1882); *Analecta Ordinis Minorum Capuccinorum* (1884); *Revue Bénédictine* (1884), recordemos que el benedictino Luigi Tosti era vicearchivista del ASV desde 1883; *Cistercienser Chronik* (1889); *Analecta sacri ordinis Fratrum Praedicatorum* (1893).



tesu (1894ss)⁴². Otro capítulo aparte merece la publicación de repertorios o catálogos de los actos emanados por la cancillería pontificia: los *Regesta Pontificum Romanorum* (Kehr); *Italia pontificia* (Kehr), *Germania pontificia* (Brackmann), *Hierarchia catolica* (Eubel). Por último los estudios críticos y las monografías: *Die päpstliche Kollectorien in Deutschland während des XIV. Jahrhunderts*; *La Russie et l'Orient: Mariage d'un Tsar au Vatican, Ivan III et Sophie Paléologue* por P. Pierling, S. J. (1891); *Die Vatikanischen Handschriften der Salmanticenser Theologen des sechszehnten Jahrhunderts (von Vitoria bis Bañez)* por H. Finke (1884); Los despachos de la diplomacia pontificia en España: *Memoria de una misión oficial en el Archivo Secreto de la Santa Sede*, vol. I, por Ricardo de Hinojosa 1896; *La Pöpstgeschichte* de Pastor (1886s.), *La France et le Grand Schisme* de N. Valois (1896-1902), *Calendar of entries in the papal Registers relating to Great Britain and Ireland* (4 vols.) 1893-1902, etc.

7. Conclusión

Como hemos comprobado en apenas diez años se pasó de una clausura casi total del Archivo Vaticano a una apertura magnánima al alcance de todos los estudiosos. Esta apertura trajo innumerables consecuencias, algunas de ellas insospechadas, que en su devenir manifiestan que la apertura del Archivo era una necesidad perentoria para la vida de la Iglesia y para la erudición eclesiástica. León XIII y Hergenröther se nos presentan como las figuras auspiciadoras de este cambio. Dentro de la aparente rapidez con que se produjo esta apertura se advierten algunas etapas claves que el mismo León XIII explicó a posteriori en carta a Hergenröther⁴³: nombramiento de un cardenal para el cargo de prefecto del Archivo, creación de una sala de estudio en el Archivo, promulgación de la carta apostólica *Saepe numero considerantes* y creación de la Escuela Paleográfica. De igual modo, cabe destacar el esfuerzo de una serie de eruditos e historiadores que suplieron la falta de medios, organización y tiempo con un trabajo denodado: Rosi Bernardini, Wenzel, Carini, Denifle, Ehrle...

Destacamos que León XIII, partiendo de una postura tradicionalista, de defensa del papado a ultranza y en polémica con el uso de la historia con fines partidistas, supo trascender esa situación y dar una respuesta que buscaba con franqueza la verdad por encima de los intereses de partido. Así, de la carta apostólica *Saepe numero*, que respondía a un momento y a unos hechos históricos precisos, en su redacción dejaba entrever unas líneas de actuación que dieron una cierta fundamen-

43. Carta de León XIII a Hergenröther, del quince de mayo de 1884. Texto en PASTOR, *Historia de los Papas*, I, p. 33, n. 4, Barcelona 1910.



tación y una guía para los futuros estudios históricos⁴⁴. En este sentido, presenta un cierto paralelismo con la *Providentissimus Deus*, al ofrecer unas «mots d'ordre» que para la época más que una coerción suponían una liberación. Lógicamente, el punto clave, que fue como la concreción práctica de todo el discurso, fue el libre acceso al Archivo y a la Biblioteca.

Siguiendo la evangélica cita «por sus frutos los conoceréis», los frutos de la apertura del Archivo no se hicieron esperar y fueron abundantes. Se publicaron innumerables estudios imparciales (tanto por parte de católicos como de protestantes), se promocionaron los trabajos científicos de los archiveros, se abrieron paso nuevas actitudes en la enseñanza de la historia de la Iglesia, se desarrollaron las ciencias auxiliares y los métodos críticos, aparecieron los Institutos Históricos romanos y sobre todo se concentró en un punto geográfico toda la erudición histórica que giraba alrededor de la Iglesia Católica y del papado, poniéndose en relación toda una pléyade de intelectuales internacionales que supieron coordinar sus esfuerzos para extraer el máximo rendimiento a la liberal medida tomada por León XIII. En palabras de Marrou: «avec Léon XIII on peut vraiment parler de la rentrée en force des catholiques dans le domaine scientifique et specialment dans le secteur des études historiques, où ils s'étaient depuis longtemps laissés distancer»⁴⁵.

Santiago Casas
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
scasas@unav.es

44. Esta carta apostólica, además, inaugura las intervenciones magisteriales sobre los estudios históricos por parte del papado. El mismo León XIII volvió sobre la cuestión en su carta al clero francés *Depuis le jour* (8.IX.1899) en que aborda la enseñanza de la historia de la Iglesia y la condición del historiador de la Iglesia. Texto en *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, XIX, Graz 1971, pp. 157-190. La referencia concreta en p. 172. Otra intervención al respecto en su recepción a los representantes de los diferentes institutos históricos acreditados en Roma que querían agradecerle su interés por la historia y la apertura del archivo (4.V.1902). Noticia en *CivCatt* 18, 6 (1902) 479-480. Esta audiencia está contada por uno de sus protagonistas, el director del Instituto Belga, dom Berlière, en su artículo *Aux Archives Vaticanes*, en «Revue Bénédictine» 20 (1903) 138s.

45. H.I. MARROU, *Philologie et Histoire dans la période du pontificat de Léon XIII*, en *Aspetti della cultura cattolica nell'età di Leone XIII*, Roma 1961, p. 72.